

Las raíces psicosociales y culturales de la violencia

Teresa Farnós de los Santos

*Psicóloga y Coordinadora del Dpto. de
Investigación del Centro Reina Sofía
para el Estudio de la Violencia*

Sumario

1. Introducción.—2. Conceptualización teórica.—3. De la agresividad a la violencia. 3.1. Factores de riesgo individuales. 3.2. Factores de riesgo familiares. 3.3. Factores de riesgo sociales. 3.4. Factores de riesgo culturales.—4. Referencias bibliográficas.

RESUMEN

El siguiente artículo atribuye el comportamiento violento a la especie humana y lo diferencia de la agresividad común al resto de las especies del reino animal. Asimismo, aborda la violencia como un fenómeno universal y multifactorial, en cuya génesis se encuentran factores de índole biológico, psicológico, social y cultural.

ABSTRACT

The following article attributes violent behavior to the human race and differentiates it from the aggressiveness common to other species in the animal kingdom. It also considers violence a universal multi-factor phenomenon, brought about by factors of a biological, psychological, social and cultural nature.

«Dominar las pasiones más ocultas me parece mucho más difícil que conquistar militarmente el mundo con la fuerza de las armas.»

(GHANDI en *Todos los hombres son hermanos*)

1 INTRODUCCIÓN

Los medios de comunicación nos informan con demasiada frecuencia de diversos actos violentos que acontecen fuera y dentro de nuestro país. Noticias como la de un joven que mata a otro a las puertas de una discoteca, una mujer asesinada por su compañero, la explosión de un coche bomba en un atentado de ETA, una paliza a un inmigrante por un grupo de jóvenes ultras, etc., son sólo ejemplos de distintas manifestaciones de violencia propias, en cuanto habituales, de nuestra sociedad. Hay otras manifestaciones que tienen un claro carácter geográfico cultural. Por ejemplo, en Estados Unidos la violencia escolar alcanza niveles totalmente inusitados —hasta el punto de que un muchacho de once años se sitúe en el exterior de un colegio y dispare contra alumnos y profesores—; en el continente africano, por su parte, se practica la mutilación genital femenina a dos millones de niñas cada año, y en ciertos países árabes se condena a los inculpados a ejecuciones públicas. Todos estos ejemplos muestran que el comportamiento violento es universal, pero también que este tipo de comportamiento adopta múltiples formas. En consecuencia, para estudiar la violencia es necesario tener en cuenta los contextos específicos en los que se produce, los factores implicados en su etiología y las motivaciones subyacentes a cada agresión.

2 CONCEPTUALIZACIÓN TEÓRICA

El primer paso para una adecuada comprensión del comportamiento violento consiste en establecer una definición clara y precisa de los términos implicados en este complejo fenómeno.

En primer lugar debemos diferenciar entre agresividad y violencia, ya que no son términos sinónimos. De hecho, nacemos agresivos y nos hacemos violentos o pacíficos por influencia de la cultura (SANMARTÍN, 2000).

La agresividad es un rasgo innato del ser humano, es decir, forma parte de nuestra biología. Representa la capacidad de respuesta del organismo para defenderse de los peligros procedentes del exterior. Desde esta perspectiva la agresividad, al igual que en los animales, constituye una respuesta adaptativa y forma parte de las estrategias de afrontamiento de que disponen los seres humanos.

Pero el ser humano, a lo largo de los siglos, se ha ido desadaptando de la Naturaleza para irse adaptando a un mundo artificial construido por él mismo y que está basado en un conjunto de rasgos distintivos que caracterizan a toda sociedad o a todo grupo social y al que llamamos cultura. Así, la cultura incluye los modos de vida, los derechos, los sistemas de valores, las ideologías, las artes y las letras y la tecnología.

Cuando la cultura incide en la agresividad natural del ser humano, hipertrofiándola, hablamos de violencia y suele traducirse en acciones intencionadas o amenazas de acción que tienden a causar daño a otros seres humanos.

Estas acciones o agresiones pueden ser de tipo instrumental u hostil o emocional en función del objetivo que persiga la agresión (BERKOWITZ, 1996). Porque aunque una agresión con-

lleva siempre la intención de causar daño, el perjuicio no siempre es el principal objetivo. Normalmente, las agresiones persiguen lograr ciertos beneficios tales como poder, control o dominación de la víctima, estatus en el grupo de iguales, sometimiento del cónyuge y de los hijos, beneficios económicos, defensa del territorio, reivindicaciones políticas, mantenimiento de un orden social determinado, etc. En estos casos se habla de agresión instrumental. Pero cuando el objetivo de la agresión es, principalmente, causar daño o hacer sufrir a la víctima, hablamos de agresión hostil o emocional. Muchas veces resulta complicado distinguir ambos tipos de agresión, pues las motivaciones subyacentes persiguen tanto incentivos como deseo de dañar y destruir.

También puede diferenciarse entre violencia impulsiva o afectiva y violencia psicopática o depredadora (RAINE, 2000) (1). La violencia impulsiva puede desencadenarse cuando el sujeto se encuentra bajo un estado de activación emocional extrema que es incapaz de controlar. Éste puede verse facilitado por diferentes circunstancias situacionales, como el abuso de alcohol, una discusión, por contagio emocional de grupo, por fanatismo político o religioso o por la presencia de armas. Por su parte, la violencia instrumental se daría de forma planificada, fría y sin escrúpulos, como en el caso de la violencia psicopática.

3 DE LA AGRESIVIDAD A LA VIOLENCIA

Como explica SANMARTÍN (2000), la interposición de la cultura entre el ser humano y la Naturaleza ha tenido importantes consecuencias en el fino equilibrio con el que la agresividad

(1) Citado en RAINE, A., y SANMARTÍN, J. (Eds.) (2000): *Violencia y psicopatía*, Barcelona, Ariel, pág. 71.

opera en la Naturaleza. Las armas en todos los casos y las ideologías en algunos inciden sobre la agresividad innata y la desbaratan. Cuando tal cosa sucede, la agresividad degenera en violencia.

La historia de las armas pone de manifiesto que la distancia entre agresor y agredido se ha ido haciendo mayor conforme la técnica avanzaba. Se ha pasado de matar cuerpo a cuerpo, empleando un palo o un hueso, a matar a distancia (incluso a miles de kilómetros) apretando simplemente un botón. En el primer caso, en la lucha cuerpo a cuerpo, el atacante tenía que superar los estímulos de apaciguamiento que, en forma de gestos y sonidos, provenían de la potencial víctima; en el segundo caso, cuando se ataca a distancia, no hay gestos ni sonidos: la víctima es algo informe en su lejanía. Las expresiones emocionales dejan de ser operativas para contrarrestar la agresividad, pues no pueden ser percibidas.

Hay otra forma de pasar por encima de los estímulos de apaciguamiento que provienen de una potencial víctima: verla como un simple instrumento o medio para conseguir fines importantes y beneficiosos o deshumanizarla. A veces, ambas cosas van juntas; por ejemplo, con mucha frecuencia los terroristas creen estar luchando por un objetivo casi sagrado y sacrifican a las víctimas en nombre de sus «elevados ideales». Cualquier persona o grupo humano que no comparta sus ideas se convierte en su enemigo.

Pero para comprender cómo una persona puede llegar a comportarse violentamente conviene tener en cuenta su idiosincrasia, su integración en la familia y, a través de ésta, en otras estructuras sociales, como la escuela, el trabajo, el vecindario, etc., y, finalmente, los prejuicios culturales pro-violencia que pueda haber llegado a asumir.

3.1. Factores de riesgo individuales

En toda persona, por un lado, están sus peculiaridades biológicas y psicológicas; por otro, su propia historia social.

En la primera vertiente los factores de riesgo más llamativos que predisponen a actuar violentamente adoptan la forma de enfermedades mentales o trastornos de la personalidad.

Entre las enfermedades mentales, las psicosis —y entre éstas, las esquizofrenias paranoides— aparecen como responsables de comportamientos que, en ocasiones, encierran gran violencia. De ello, desde luego, no debe extraerse la conclusión de que todo esquizofrénico es una persona hiperviolenta, ya que la mayoría son más víctimas de la violencia que victimarios. Varios trastornos que cursan con deterioro cognitivo, en los que se observa *delirium*, demencia u otras patologías, pueden también estar asociados a comportamientos violentos.

En cuanto a los trastornos de la personalidad, el tipo paranoide, el límite, el antisocial, el psicopático y el sádico se caracterizan por la presencia de ciertos rasgos que pueden predisponer al comportamiento violento. Estos rasgos son: *irritabilidad* (tendencia a exaltarse a la más ligera provocación, incluyendo sentimientos de cólera o ira, mal humor, exasperación y rudeza), *susceptibilidad emocional* (tendencia a experimentar sentimientos de malestar, indefensión, inadecuación y vulnerabilidad), *rumiación* (tendencia a retener o aumentar los sentimientos de ansiedad e ira tras una provocación), *impulsividad*, *susplicia*, *baja autoestima*, *crueledad*, *falta de empatía* y *de conciencia moral*.

Con todo, sólo entre el 10 y el 20% de los violentos parecen tener una enfermedad mental. Lo normal, entre los violentos, es estar cuerdo, es decir, discernir claramente entre fanta-

sía y realidad y entre el bien y el mal. Sin embargo, la mayoría de las personas violentas presentan afectividad negativa como, por ejemplo, síntomas de ansiedad, estrés o depresión, así como un estado de insatisfacción personal, inseguridad, falta de autoestima, resentimiento y grandes carencias en habilidades sociales y de resolución de problemas. Además, la mayoría de las personas violentas perciben, erróneamente, hostilidad y malas intenciones en las acciones de los demás. Esto les provoca, con frecuencia, arrebatos de ira que no saben, no quieren o no pueden controlar. Su agresividad entonces no está alterada por causas decisivas de corte biológico. Lo está, de forma casi absoluta, por causas de tipo afectivo, cognitivo y social.

El tener un historial como consumidor abusivo de alcohol u otras sustancias tóxicas también se ha visto asociado a la conducta violenta. Por ejemplo, en España, tal y como revela el *Informe Nacional de Epidemiología sobre Maltrato Infantil en la Familia*, elaborado por el Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (2), el alcohol está presente en más del 30% de los casos de maltrato infantil intrafamiliar. También lo está en muchos de los casos de violencia contra la mujer. En concreto, se da en el 50% de los casos de violencia doméstica a escala mundial (3). Y aparece muy ligado a la violencia gratuita que ejercen ciertos jóvenes los fines de semana. Aunque está claro que el alcohol por sí solo no desencadena una agresión, sí contribuye a facilitarla porque suprime las inhibiciones.

(2) C.R.S. (2002). *Maltrato Infantil en la Familia: España (1997/1998)*. Serie Documentos 4. Valencia: Centro Reina Sofía.

(3) SANMARTÍN, J.; MOLINA, A., y GARCÍA, Y. (Eds.) (2003): *Informe Internacional 2003, Violencia contra las mujeres en las relaciones de pareja: Estadísticas y Legislación*, Serie Documentos 5, Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia, pág. 22.

3.2 Factores de riesgo familiares

Antes de entrar en los factores de riesgo familiares propiamente dichos, conviene saber que los arrebatos de agresividad son un rasgo normal en el curso del desarrollo infantil y alcanzan su nivel máximo aproximadamente a los dos años, a partir de los cuales disminuyen, hasta adquirir niveles moderados en la edad escolar. En la mayoría de los casos en que un niño se comporta agresivamente lo hace, normalmente, como reacción a una situación conflictiva, ya sea por no querer cumplir las imposiciones de los padres, por la insatisfacción de sus propios deseos o como respuesta a un castigo u otro acto agresivo. La reacción que cualquiera de estos hechos provoca en el niño depende de su experiencia previa particular, es decir, de cómo haya aprendido a comportarse ante situaciones frustrantes u otras emociones negativas. Las diferentes reacciones varían a lo largo de un continuo, en uno de los extremos encontramos el comportamiento pasivo, mientras que en el otro encontramos el comportamiento agresivo. Desde esta perspectiva la conducta violenta se aprende, fundamentalmente, como consecuencia de las interacciones que se dan en la primera infancia dentro del ambiente familiar (SERRANO, 1998).

Actualmente, aunque los niños suelen ser más agresivos que las niñas, las diferencias de género tienden a desaparecer debido a los cambios culturales.

En relación a los factores de riesgo familiares, en las relaciones entre los miembros de la familia de jóvenes considerados violentos se observa un déficit en las habilidades de comunicación, actitudes defensivas, menores muestras de apoyo entre los miembros, menor participación en las actividades familiares y un claro dominio por parte de un miembro. Además, las relaciones de los padres suelen ser conflictivas y violentas. Los procesos de aprendizaje a través de modelos y refuerzos suelen ser

inadecuados, ya sea por el uso de pautas disciplinarias permisivas, incongruentes e inconsistentes o, por el contrario, por el empleo de pautas educativas injustas, crueles y opresivas (KAZDIN y BUELA-CASAL, 1996).

Las relaciones paterno-filiales se caracterizan por actitudes hostiles hacia el hijo, principalmente, por menores muestras de afecto y apoyo emocional, aceptación, comprensión, explicaciones, elogios, premios, supervisión y, en definitiva, por unos vínculos afectivos muy débiles.

KEMPE y KEMPE (1985) observaron que haber sufrido malos tratos durante la infancia o haber sido testigo de la violencia en el seno de la familia incrementa el riesgo de violencia en la edad adulta. La transmisión intergeneracional del maltrato ha sido considerada como un hecho indiscutible desde las primeras investigaciones sobre el maltrato infantil. Sin embargo, en los últimos años la repetición del ciclo de los malos tratos ha empezado a ser cuestionada o, al menos, no aceptada de manera generalizada. La gran mayoría de las investigaciones que han estudiado este aspecto y de los expertos en el tratamiento de agresores domésticos confirman el hecho de que los padres maltratadores o los agresores de pareja pudieron ser niños maltratados. Sin embargo, estos trabajos no han tenido en cuenta a todos los padres que fueron maltratados y que cuidan adecuadamente de sus hijos o son buenos esposos, lo que lleva a una sobreestimación de las tasas de transmisión intergeneracional. KAUFMAN y ZIGLER (1987) llevaron a cabo una revisión de los diversos estudios longitudinales y retrospectivos que habían tenido en cuenta esta variable y estimaron en un 30% el verdadero peso de la transmisión intergeneracional de los malos tratos.

De todos modos, los efectos del maltrato infantil pueden ser devastadores. Independientemente de las lesiones externas, los

malos tratos pueden tener un gran impacto en las funciones y estructuras cerebrales y en el desarrollo del menor que va a verse reflejado en su funcionamiento social, emocional y cognitivo. El proceso de adaptación individual depende de la consecución de las metas propias de los distintos estadios evolutivos (por ejemplo, la formación de vínculos seguros, el desarrollo de una adecuada autoestima, la tolerancia a la frustración, la regulación y el control de las emociones, el control flexible de los impulsos, la empatía y la conducta prosocial, el desarrollo del juicio moral, etc.). El fracaso en el logro de dichas metas adaptativas, como consecuencia de los malos tratos en los primeros años de vida, puede llevar a distintos problemas en la edad adulta y, entre ellos, a la configuración de una personalidad violenta (FARNÓS, 2004).

Además, la influencia del maltrato y de la disfunción familiar va mucho más allá de la imitación de las conductas violentas. El niño herido en lo más profundo de su ser por haber sido avergonzado, rechazado emocionalmente o abandonado en las primeras etapas de su desarrollo puede desarrollar un profundo sentimiento de impotencia, ira e inseguridad que lo va a hacer especialmente vulnerable al desarrollo de una personalidad violenta.

Es muy frecuente que el niño que es maltratado —y, sobre todo, el que lo es psicológicamente— se sienta frustrado e impotente y sufra una pérdida notable de autoestima. Trata entonces de superar su situación refugiándose en fantasías que recrea en su imaginación y de las que suelen formar parte componentes de carácter violento y pornográfico. Estos componentes crecen conforme el niño va adentrándose en la adolescencia. Algunos niños que inician así su andadura por las sendas de las fantasías aberrantes llegarán incluso, de adolescentes o adultos, a materializarlas.

DUTTON y HART (1992) (4), al igual que muchos científicos dedicados a investigar la transmisión de la violencia familiar, comenzaron por identificar grupos de niños maltratados e hicieron su seguimiento hasta que alcanzaron su edad adulta. Descubrieron que la tasa de delitos violentos cometidos por estas personas era elevada y que había una estrecha relación entre el tipo de maltrato sufrido en la niñez y el tipo de delitos cometidos. Los hombres violentos habían recibido castigos físicos y los delincuentes sexuales habían sido vejados sexualmente.

Pero es fundamental tener en cuenta que haber sido objeto de malos tratos o haberlos presenciado únicamente aumenta la probabilidad de convertirse en una persona violenta, ya que la mayoría de los niños maltratados no se convierten en personas violentas. Esto es debido a que, aunque la imitación y la observación influyen en la vida posterior, no determinan por sí solas la conducta. Hay muchas experiencias que pueden romper la cadena de la violencia entre generaciones. Muchos han tenido la suerte de verse influenciados por acontecimientos favorables, que han mitigado los efectos de las experiencias negativas tempranas. A estos acontecimientos o circunstancias se les denomina «factores protectores» o «amortiguadores». Uno de los más efectivos es haber tenido en la niñez el apoyo y afecto por parte de otro adulto, que se convierte en modelo de referencia. Otro es involucrarse en algún grupo que brinde apoyo emocional, autoestima, ilusión y metas realizables tales como grupos deportivos, artísticos, lúdicos, etc. Otro, muy frecuente, es involucrarse en una relación afectiva estable con un proyecto de futuro en común. También el hecho de recibir algún tipo de formación académica o profesional que motive al joven y que le

(4) Citado en DUTTON, D. G., y GOLANT, S. K. (1997): *El golpeador, un perfil psicológico*, Buenos Aires, Paidós, pág. 149.

otorgue éxitos y reconocimiento puede tener efectos muy beneficiosos para la persona.

En algunos casos es posible que el niño haya aprendido a afrontar la agresión utilizando estrategias pasivas, como la de «desconectarse» de la situación o la de huir. Asimismo, refugiarse en la televisión, en los video-juegos, en la música o en las drogas son medios pasivos de hacer frente a una situación intolerable en el hogar.

En otros casos hay hijos de padres violentos que rechazan firmemente la violencia porque se definen a sí mismos por oposición a sus padres. Pero para ello el joven tendrá que haber desarrollado cierta capacidad crítica que cuestione la validez y ética de este tipo de conducta porque, como ha sido ampliamente difundido, en las familias violentas la violencia suele estar totalmente normalizada, es decir, el uso de la fuerza y la descalificación están totalmente legitimados como medio de resolución de conflictos o descarga de estados emocionales de ira y estrés (FARNÓS, 2000).

3.3. Factores de riesgo sociales

Las familias, a su vez, se encajan en una serie de estructuras sociales, formales unas e informales otras. Figuran entre ellas el vecindario, la escuela o el trabajo.

Entre los factores de tipo social es frecuente que las personas violentas provengan de ambientes educativos y socioeconómicos desfavorecidos. La mayor parte de los estudios realizados en zonas urbanas, tales como suburbios y guetos, han puesto de manifiesto que la pobreza, el desempleo, la falta de formación y, en general, los ambientes privativos y marginales

han sido reiteradamente asociados a mayores tasas de delincuencia y criminalidad. Además, hay que tener en cuenta el entorno más amplio, como el barrio y la escuela, la valoración positiva de la agresividad, la existencia de liderazgo en las pandillas juveniles, el consumo de drogas y alcohol, etc.

Todas estas circunstancias adversas no constituyen factores causales del comportamiento violento sino más bien potenciadores, ya que constituyen una verdadera fuente de estrés para los individuos que los padecen.

De hecho, aunque estas condiciones ni son necesarias ni suficientes para que se dé violencia entre los miembros de la familia, por ejemplo el maltrato físico y la negligencia tienen una incidencia mayor en ciertas condiciones sociales de pobreza y marginación. Quizá se deba a que la marginación y la pobreza producen en sí mismas negligencia social, es decir, el menor no tiene cubiertas sus necesidades básicas porque sus padres tampoco las tienen. En el informe *Maltrato Infantil en la Familia* (C.R.S., 2002), anteriormente mencionado, quedó constancia de la importancia de estos factores de riesgo. Sin embargo, no debemos olvidar que esta investigación se ha realizado sobre expedientes de casos de maltrato registrados en los servicios sociales dedicados a la protección del menor. Y ya se sabe que estos servicios tienen un usuario típico, por lo que los perfiles del agresor y de la víctima, así como de sus circunstancias sociales, presentan ciertos sesgos. Algunos de los resultados alcanzados fueron los siguientes: la inmensa mayoría de los agresores, el 93,2% para ser exactos, o no tenía estudios o únicamente tenía estudios primarios, el 75,1% de los agresores estaba desempleado, el 42,2% de las familias maltratadoras tenía viviendas en malas condiciones de habitabilidad, el 51,5% de los agresores no mantenía buenas relaciones con sus fami-

liares, el 61,1% tenía problemas de relación con sus vecinos y el 58,1% hacía uso habitual de las instituciones de apoyo de los servicios sociales.

Otro factor de riesgo de carácter sociocultural frecuentemente vinculado al comportamiento violento hace referencia a la influencia de la violencia presente en los medios de comunicación y, en general, en las pantallas. Los estudios referidos a los efectos de la violencia en los medios de comunicación sobre la conducta violenta de los espectadores se remontan a los años 60. Desde entonces han sido muchas las investigaciones realizadas para dilucidar tanto los efectos inmediatos como los efectos a largo plazo. Normalmente, los sujetos de estudio son niños y adolescentes pues, obviamente, al encontrarse en desarrollo, son más vulnerables a ser influenciados. Por su parte, el medio analizado suele ser la televisión y el cine. Recientemente, ANDERSON y BUSHMAN (2002) han analizado cuantos estudios longitudinales, de campo y experimentales se han realizado hasta el momento, mostrando que en todos ellos se pone de manifiesto una correlación significativa entre la exposición a la violencia de los medios y la conducta violenta.

Para los partidarios de la teoría del aprendizaje social como DONNERSTEIN o HUESMANN (5), la violencia se aprende no sólo viendo violencia real, sino observando violencia filmada, por lo que estos autores establecen una cierta *unidireccionalidad*: de la visión de la violencia filmada al comportamiento violento real. Sin embargo, para otros autores, como Jo GROEBEL (6), director de un importante estudio, realizado en 1999, de ámbito internacional, patrocinado por la UNESCO (*Media Access and media use among*

(5) Citado en JOSÉ SANMARTÍN, JAMES S. GRISOLÍA y SANTIAGO GRISOLÍA (eds.) (1998): *Violencia, televisión y cine*, Barcelona, Ariel, págs. 43 y 87.

(6) Citado en SANMARTÍN, J. (2000): *La violencia y sus claves*, Barcelona, Ariel, pág. 107.

12-years olds in the World), la relación entre violencia filmada y violencia real es *interactiva*: los violentos usan los medios de comunicación audiovisuales para reforzar sus creencias y actitudes y eso los hace aún más violentos. En lo que sí parece haber acuerdo es en que la violencia emitida en las pantallas influirá en el comportamiento violento de los telespectadores, especialmente si son niños o adolescentes, dependiendo del grado de exposición a modelos violentos reales en su entorno.

De todos modos, hoy se sabe qué tipo de escenificaciones violentas son más susceptibles de ser imitadas o aprendidas. Se trata de aquellas donde el agresor es atractivo, actúa de ese modo por razones moralmente adecuadas, obtiene recompensas por sus acciones, usa armas convencionales, no es castigado por su comportamiento y, finalmente, donde no se muestran los daños causados por sus agresiones.

También sabemos que la violencia en los medios de comunicación puede insensibilizar al espectador, otras veces puede crearle ansiedad y miedo de ser atacado y otras muchas veces puede sesgar la percepción de la realidad, haciendo que se perciba la sociedad como mucho más violenta de lo que realmente es.

En cuanto a la influencia de los videojuegos violentos, de nuevo ANDERSON y BUSHMAN (2001) aseveran que éstos son peligrosos tanto para niños como para jóvenes. Y, al parecer, lo son más que la TV o el cine por su carácter interactivo. El uso frecuente de los videojuegos incrementa los niveles de agresividad en diseños experimentales o de campo tanto en chicos como en chicas. Además, su utilización reiterada disminuye las conductas prosociales, posiblemente porque incrementan las actitudes y pensamientos de corte violento, que son los que precisamente caracterizan a las personalidades violentas. Finalmente, la

exposición a este tipo de juegos incrementa las emociones relacionadas con el comportamiento violento, tales como la ira, la hostilidad o el deseo de venganza. De hecho, en los sujetos experimentales se ha observado un estado de activación psicofisiológica muy elevado (sudoración, elevación de la presión sanguínea y del ritmo cardíaco, etc.).

3.4. Factores de riesgo culturales

Por factores de riesgo culturales entendemos aquellos sistemas de creencias y estilos de vida que prevalecen en una sociedad y que a través de prejuicios, mitos o estereotipos contribuyen al despliegue de actitudes y comportamientos violentos. La cultura, como anteriormente se ha comentado, es indispensable en la comprensión del comportamiento violento.

Así, una crisis generalizada de valores éticos (predominando el hedonismo, el individualismo y la competitividad), la pérdida de respeto a los símbolos de autoridad, la desvalorización de las instituciones (educativas, religiosas, políticas, judiciales y policiales), las ideologías destructivas y los fanatismos, las actitudes xenófobas, las machistas, etc., favorecen la adquisición de actitudes o comportamientos violentos.

Hay culturas que exaltan el individualismo y que sustentan que es el individuo y no el Estado quien mejor defiende sus derechos. Para esa defensa se considera legítimo el uso de armas, si viene al caso. A veces la preocupación por la seguridad personal es tan fuerte que los domingos los padres enseñan a sus hijos a utilizar un arma.

Hay culturas (prácticamente todas) que subordinan la mujer al hombre, al considerarla inferior e incluso propiedad del mari-

do. En algunas, la situación es tan extrema que las mujeres no pueden enseñar el rostro, a veces por la obligatoriedad de vestirse con el *burka*, y en otras por la vergüenza de mostrar un rostro desfigurado por el ácido que alguien le arrojó por considerar su dote insuficiente.

Hay, asimismo, culturas (prácticamente todas) donde el niño se ve como una posesión de los padres. Y ya se sabe, con lo propio cada uno hace lo que quiere, por ejemplo, emplear métodos de disciplina extremadamente severos o maltratarlo cuando su conducta resulta «molesta».

Hay culturas donde los menores carecen de los derechos más elementales y donde se puede ver a los niños viviendo en la calle, pidiendo limosna, prostituyéndose, drogados de pegamento o explotados salvajemente en minas, mercados o tejendo alfombras. Hay otras donde los niños son reclutados en los ejércitos para luchar en las guerras de los adultos.

Hay culturas donde no se cumplen los acuerdos internacionales y se siguen ocupando territorios que no les pertenecen a costa de vidas humanas.

Hay culturas donde no se respeta a los pueblos indígenas, a pesar de que llevan siglos habitando ciertas regiones del mundo. Hay otras que buscan a través de la guerra y el genocidio sociedades étnicamente puras.

Aunque hay muchas y variadas culturas y, por tanto, son muchos y muy distintos los prejuicios o principios culturales que legitiman o inducen prácticas violentas, algo parecen tener en común hoy en día: su vertebración por la pantalla del televisor y del cine y, cada vez más, por la pantalla del ordenador y de la videoconsola. La presencia de estas pantallas en la mayoría de los rincones de la Tierra conlleva, en definitiva, una cierta

uniformidad cultural. Esto explica por qué sucesos antes impensables, o extremadamente infrecuentes, en ciertas sociedades comienzan a darse en tasas más o menos preocupantes.

4 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDERSON, Craig, y BUSHMAN, Brad: «The Effects of Media Violence on Society.» *SCIENCE*, 2002, n.º 295, págs. 2377-2379.
- «Effects of violent video games on aggressive behavior, aggressive cognition, aggressive affect, physiological arousal and prosocial behavior: A Meta-Analytic Review of the Scientific Literature.» *Psychological Science*, 2001, vol. 12, n.º 5, págs. 353-359.
- BERKOWITZ, Leonard: *Agresión: Causas, consecuencias y control*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 1996.
- C.R.S.: *Maltrato Infantil en la Familia: España (1997/1998)*. Serie Documentos 4. Valencia, Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia, 2002.
- DUTTON, Donald, y GOLANT, Susan: *El golpeador, un perfil psicológico*. Buenos Aires, Paidós, 1997.
- FARNÓS, Teresa: «Violencia familiar: una lacra social. Conversación con el profesor Jorge Corsi.» *DEBATS*, otoño/invierno 2000, n.º 70/71, págs. 78-91. Valencia, Institució Alfons el Magnànim.
- «Menores víctimas de la violencia doméstica.» En Lourdes Ezepeleta (Ed.) *Factores de riesgo en el desarrollo de niños y adolescentes*. Barcelona, Masson (en prensa, 2004).
- KAZDIN, Alan, y BUELA-CASAL, Gualberto: *Conducta antisocial: Evaluación, tratamiento y prevención en la infancia y adolescencia*. Madrid: Pirámide, 1996.
- KEMPE, Ruth, y KEMPE, Henry: *Niños maltratados*. 3.ª edición, Madrid: Morata, 1985.

KAUFMAN, Joan, y ZIGLER, Edward: «Do abused children become abusive parents?» *American Journal of Orthopsychiatry*, 1987, vol. 57, n.º 2, págs. 186-192.

RAINE, Adrian, y SANMARTÍN, José: *Violencia y psicopatía*. Barcelona, Ariel, 2000.

SANMARTÍN, José: *La violencia y sus claves*. Barcelona, Ariel, 2000.

– Las raíces de la violencia. *DEBATS*, otoño/invierno 2000, n.º 70/71, págs. 78-91. Valencia, Institució Alfons el Magnànim.

– *La mente de los violentos*. Barcelona, Ariel, 2002.

SANMARTÍN, José; MOLINA, Alicia, y GARCÍA, Yolanda: (Eds.). *Informe Internacional 2003, Violencia contra las mujeres en las relaciones de pareja: Estadísticas y Legislación*. Serie Documentos 5. Valencia, Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia, 2003.

SANMARTÍN, José, y SERRANO, Isabel: *Agresividad infantil*. Madrid, Pirámide, 1998.